

Para una crítica de la idea de «flexibilidad profesional». Las relaciones entre la historia de la psicología y de las ciencias humanas y los saberes humanísticos

Juan Baustista Fuentes

Universidad Complutense de Madrid

Resumen

Las universidades europeas están experimentando en nuestros días un proceso de transformación que no sólo busca la homologación curricular europea de los distintos estudios universitarios, sino que también pretende diseñar un nuevo tipo de profesional dotado de una máxima flexibilidad que lo haga adaptable a un mercado de trabajo que se prevé asimismo sometido a una nueva e inusitada versatilidad. Al objeto de lograr dicha flexibilidad se busca muy especialmente adiestrar al estudiante en unas supuestas «competencias, habilidades y destrezas» que sean sobre todo «genéricas y transversales», y que deben servir de base para las nuevas formas evaluación y de homologación curricular.

Este trabajo pretende demostrar que la única posible y genuina flexibilidad profesional es la que proviene de los saberes «totalizadores de segundo grado» desplegados entremedias y en función de los «saberes particulares de primer grado», lo cual es el caso por antonomasia de la familia de los saberes humanísticos en cuanto que saberes historiográficos, de la cual familia forma parte de un modo especialmente significativo la historia de las ciencias humanas y de la psicología. Sin embargo, y por contraste, la flexibilidad y las habilidades subjetivas que pretende promover la actual reforma universitaria serían enteramente ilusorias por inviables, debido a que el carácter pretendidamente genérico y transversal de dichas habilidades está en realidad entendido haciendo abstracción de los contenidos cognoscitivos de los efectivos saberes particulares, es decir, está pensado incurriendo en el formalismo psicológico que supone que la actividad subjetiva individual humana puede tener lugar al margen de las configuraciones de la cultura humana objetiva.

Palabras clave: saberes particulares de primer grado, saberes totalizadores de segundo grado, saberes historiográficos, saberes humanísticos, historia de las ciencias humanas, historia de la psicología, flexibilidad profesional utópica, flexibilidad profesional real, formalismo psicológico.

Abstract

European universities are nowadays experiencing a transformation process that not only seeks the European curriculum homologation of the several university studies, but also attempts to design a new professional type provided with a maximum flexibility that make him adaptable to a labor market that is likewise foreseen as subjected to a new and unusual versatility. In order to achieve such flexibility, they specially seek to train students in some supposed «competences, abilities and skills» that are mainly «generic and transverse», and that should serve as base for the new evaluation and curriculum homologation forms.

This work seeks to demonstrate that the only possible and genuine professional flexibility is the one that comes from the «totalizing knowledges of second grade» unfolded in-between and depending of those «particular knowledges of first grade», which is the case par excellence of the family of humanistic knowledges insofar as historiographic knowledges, of the said family history of human sciences and of psychology is a part in a specially significant way. However, and in contrast, the flexibility and the subjective abilities that the ongoing university reformation seeks to promote would be entirely illusory inasmuch as they are unviable, because the supposedly generic and traverse character of such abilities is in fact understood making abstraction of the cognitive contents of the effective particular knowledges, that is to say, it is thought by means of the psychological formalism that supposes that human individual subjective activity can take place outside the configurations of objective human culture.

Keywords: particular knowledges of first grade, totalizing knowledges of second grade, historiographic knowledges, humanistic knowledges, history of human sciences, history of psychology, utopian professional flexibility, real professional flexibility, psychological formalism.

1. PRESENTACIÓN GENERAL DEL SENTIDO Y DE LOS OBJETIVOS DE ESTE TRABAJO

Como es sabido, las universidades europeas están siendo sometidas en nuestros días a un profundo proceso de transformación cuyo objetivo general, al parecer, consiste en lograr una homologación curricular europea para cada uno de los diversos estudios universitarios y en establecer en consecuencia alguna forma de medida común de evaluación de la formación en cada uno de dichos estudios. Pero dicho objetivo, que, planteado en estos términos generales podría acaso parecer oportuno y aun conveniente en aras de la homogeneización de los estudios universitarios europeos, no deja sin embargo de estar impulsado, como por lo demás abiertamente se reconoce, por una motivación mucho más especial y determinada, como es la de alcanzar un nuevo tipo de profesional universitario dotado de una máxima flexibilidad que lo haga adaptable a un mercado de trabajo que se prevé asimismo sometido a una nueva e inusitada versatilidad. Lo que se pretende en efecto es que este nuevo tipo de profesional esté en condiciones de poder desempeñar a lo largo de su eventual vida laboral las ocupaciones más variadas

y diversas posibles, pudiendo cambiar de una a otra con la mayor rapidez posible, y ello no sólo desde dentro de su especialidad profesional, sino incluso trascendiendo, a ser posible, y lo más posible, las diversas especialidades. Por ello precisamente se busca establecer una unidad de medida (común) para la evaluación de cada titulación universitaria que, en vez de evaluar directamente el nivel de aprendizaje de contenidos cognoscitivos determinados y particulares (los de cada uno de los múltiples y diversos saberes), busque más bien evaluar unas presuntas «competencias, destrezas y habilidades», según se nos dice, que se pretenden lo más «genéricas» o «transversales» posibles, y no sólo respecto de cada supuesta especialidad universitaria, sino, asimismo, de nuevo, respecto de las más diversas especialidades posibles. Lo que se supone, claro está, es que son estas presuntas capacidades máximamente genéricas las que justamente capacitan para esa nueva flexibilidad profesional requerida por aquella nueva versatilidad del mercado de trabajo.

Pues bien: en este trabajo pretendo poner de manifiesto que la idea de dicha flexibilidad, así como la de semejantes capacidades genéricas y transversales, están siendo pensadas, por los promotores de la vigente transformación universitaria, de un modo enteramente utópico, en el peor de los sentidos posibles de esta palabra, es decir, de un modo completamente ilusorio por inviable o irrealizable, y ello precisamente en la medida en la que, como veremos, el presunto carácter genérico o transversal de aquellas presuntas capacidades está siendo en realidad entendido como si pudiera alcanzarse de un modo *anterior*, pero no *posterior*, a los diversos contenidos cognoscitivos de los diversos saberes efectivos. La paradoja es que sólo aquel cuyos estudios se hayan forjado entremedias de una pluralidad de efectivos saberes particulares y determinados estará por ello en condiciones de alcanzar alguna genuina flexibilidad, la flexibilidad *dialéctica* que proviene de la necesidad de proceder a la *totalización crítica* incesante de los contenidos de esos saberes múltiples debido a los incesantes desajustes (lógicos) mutuos entre ellos, pero precisamente este profesional, genuinamente flexible, será ignorado y despreciado por aquellos que pretenden tomar, como objetivo formal y directo de su proyecto, la formación de una presunta flexibilidad que hace precisamente abstracción de esta forja educacional dada entremedias de alguna multiplicidad efectiva de saberes particulares efectivos.

Y esta paradoja alcanza, en el caso de las llamadas ciencias humanas, una intensidad muy acusada y peculiar. Pues es el caso que, como aquí intentaremos demostrar, estos saberes, debido a su formato cognoscitivo constitutivamente *abierto* y al carácter al menos en parte mutuamente *inconmensurable* de sus campos respectivos, se ven una y otra vez conducidos, desde dentro de cada uno de sus campos, a remitirse mutuamente (interdisciplinariamente) a los contenidos de los campos de otros saberes de misma familia, y por ello mismo a tener que proceder, cada uno de ellos, a un incesante regreso cognoscitivo histórico-totalizador en el que inevitablemente se

entrecruzan de un modo crítico o selectivo con contenidos provenientes del regreso histórico procedente de los campos de otros saberes de la misma familia –y justo en el momento en el que llevan a cabo dicho regreso histórico-totalizador ingresan, como veremos, en el ámbito de los saberes *humanísticos*–. Por ello los profesionales formados en dichos saberes, y muy especialmente en cuanto que formados en la historia de los mismos, estarán dotados de esa genuina flexibilidad dialéctica que sólo la totalización crítica historiográfica hace posible. Pero entonces también, y precisamente, serán los estudiosos formados de este modo los que se verán incomprendidos y desechados por ese utópico proyecto que quiere lograr la flexibilidad de un modo tan inmediato que pretende hacer abstracción precisamente de ese modo genuino de forjarse la verdadera flexibilidad, que es el modo de los saberes humanísticos en cuanto que historiográficos.

Y en semejante contexto el caso de la psicología alcanza una dimensión muy digna de considerar. Como también veremos, la actividad humana subjetivo-individual, y con ella su estudio psicológico, no es algo que pueda considerarse en modo alguno *exenta*, sino enteramente *inserta* y constituida por las diversas configuraciones socio-culturales de la sociedad en cuyo seno viven y actúan las personas individuales. De este modo es, para empezar y ante todo, el psicólogo práctico, profesional, el que se topa cada día en su trabajo con el torbellino de los mil desajustes e incoherencias entre las muy diversas configuraciones socio-culturales en cuyo seno viven y actúan sus sujetos objeto de intervención. Es por ello ante todo el psicólogo, y por antonomasia el psicólogo profesional, el que necesitaría estar formado ya no sólo, ni acaso (como veremos) principalmente, en la historia de su propia disciplina, sino en la historia misma de la cultura –en esa historia que se está haciendo y rehaciendo incesantemente desde el resto de los saberes socio-culturales– desde la cual, y sólo desde la cual, es posible alcanzar a comprender, al menos con alguna perspectiva histórico-totalizadora y comprensiva, precisamente el caso individual que en cada caso tiene delante.

Pero será entonces la propia psicología la que se verá envuelta, ahora ya no sólo en la paradoja que acabamos de apuntar, en principio común al resto de los saberes sociales, de que su genuina flexibilidad profesional será despreciada por los promotores de esa supuesta flexibilidad abstracta por inmediata, sino también en la muy aguda paradoja, por específica de su propio gremio, de tener que advertir y constatar que los promotores de esa supuesta flexibilidad inmediata y abstracta son también y precisamente *psicólogos* –en particular, *ciertos psicopedagogos*–: precisamente aquel tipo de psicólogos que conciben la actividad subjetivo-individual humana como sobrevolando los contenidos socio-culturales objetivos particulares y determinados, pues son justamente este tipo de psicólogos los que han podido diseñar y promover esa idea de unas supuestas capacidades subjetivo-individuales cuya presunta genericidad y transversalidad está entendida haciendo abstracción de dichos contenidos, que es la idea que sin duda subyace y orienta todo el plan de reforma universitaria que estamos

padeciendo. La batalla está dada, pues, dentro de la propia psicología, de modo que habrá de ser ésta la que se haga cargo de ella como pueda.

Estas son las cuestiones que aquí queremos glosar en lo que sigue. Mas para ello será preciso comenzar por recordar y considerar ciertas cosas de primera importancia. Y ésta es la primera.

2. EL CANON POSITIVISTA COMO SUPERACIÓN PROGRESISTA DE LA HISTORIA Y COMO LEGITIMACIÓN CIEGA DE TODO POSIBLE ESTADO Y/O CAMBIO DEL PRESENTE

Resulta de primera importancia, en efecto, para plantear y discutir las cuestiones que aquí acabamos de presentar, comenzar por advertir cuál es el armazón conceptual básico y el significado práctico de la filosofía positivista canónica, que sin duda es la comteana, y que es la que sigue obrando, muchas veces bajo la forma de criptopositivismos más o menos encubiertos, detrás de muchas de las posiciones que se esgrimen en los debates suscitados a propósito de las cuestiones que ahora nos ocupan.

De entrada, podría sin duda señalarse que el proyecto de las «ciencias humanas», o sea su proyecto mismo de cientificidad, constituye ciertamente una primera nota que acaso sobresalga por encima de cualquier otra como característica de la filosofía positivista. Se trata, en efecto, de la idea de hacer *científicos* a los saberes sociales, o sea de analogar, siquiera metodológicamente, a dichos saberes con las ciencias estrictas, que son las ciencias físico-naturales cuyo canon de cientificidad se toma indiscutiblemente como modelo o patrón de referencia. Y no es difícil comprender que ese proyecto de emulación se basa en la voluntad de alcanzar para las pretendidas ciencias humanas un dominio cognoscitivo y una eficacia práctica que fueran lo más semejante al dominio teórico y a la eficacia práctica que se reconoce que logran en sus campos respectivos las ciencias estrictas.

Ahora bien, comenzamos a aproximarnos de un modo más específico al ideario filosófico del positivismo cuando advertimos que el mencionado proyecto de cientificidad va internamente asociado al postulado de que sea sólo *una* la ciencia social destinada a solucionar, teórica y prácticamente, los desórdenes sociales de la sociedad (industrial) de nuestro tiempo. En el caso de Comte, como se sabe, este papel privilegiado le correspondió a la sociología (a la «física social»), pero dicho papel fue luego teniendo, siempre dentro del espíritu positivista, otros diversos pretendientes –como es el caso, por ejemplo, de la biología evolucionista a partir de Darwin, o de la biopsicología genética de Piaget, o de la psicología en autores como Freud o Skinner, o la antropología social en L. Strauss, etc.)–. Así pues, aun cuando el debate acerca cual debiera ser esa supuesta ciencia humana única haya sido de hecho interminable dentro

de las propias ciencias humanas, y aun dentro de cada una de éstas, lo característico del espíritu positivista ha sido justamente siempre esa suposición o postulado relativo a *una* supuesta *ciencia* (social o humana) *única* o privilegiada capaz de abarcar teóricamente y de solucionar prácticamente los problemas sociales humanos del presente —una supuesta ciencia ésta de la que en todo caso podrían derivarse, y por tanto a la que a la postre podrían reducirse, como ramas de una misma matriz, los contenidos de las demás ciencias humanas o sociales—.

Pero lo que esto significa es, repárese, que se está pensando la posibilidad de *confinar* dentro del radio de alcance del campo de *una* ciencia positiva *particular*, ni más ni menos que *la totalidad* de la vida social y cultural humana del presente. El ideario positivista juega siempre, en efecto, con las ideas de *una* supuesta ciencia positiva *particular* y de *la totalidad* (socio-cultural) del presente, y lo hace de modo que postula *la ocupación y la sustitución* de aquella *totalidad* por parte de esa ciencia positiva *particular*, en la cual ocupación/sustitución se sustancia justamente, según proponemos, el fondo de toda su filosofía. Pues subyace, en efecto, al ideario positivista una concepción —lógica y ontológica— siempre a la postre *monista y/o armonista* de la idea de *totalidad* (socio-cultural) del presente, y por tanto y con ello del *proceso histórico* que ha podido conducir a dicho presente, razón por la cual puede entenderse que *una ciencia positiva particular* pueda llegar a englobar y confinar en su campo aquella totalidad y dicho proceso.

Ciertamente que esta idea monista y armonista de fondo no obra de un modo enteramente trivial o inmediato en el positivismo, sino a través de un cierto bucle autorreflexivo muy característico. Pues Comte partía, desde luego, de una acusada conciencia del estado de desorden y de crisis social al que precisamente estaba conduciendo la industria, o sea la incidencia misma de las ciencias físicas y de sus tecnologías asociadas en el tejido social, de modo que esta conciencia, en cuanto que lo es del desorden y de la crisis, supone ya siquiera la constatación de una situación que al menos de entrada no es concebida como una totalidad armónica. Pero no es menos cierto que el fundador del positivismo suponía a su vez que el desarrollo histórico, social e intelectual, de la humanidad nos estaba acercando, y muy especialmente debido a la evolución de las ciencias particulares positivas, en su momento presente, al umbral mismo de la reconducción de la gran crisis social del presente, y por ello del pasado mismo que había conducido hacia ella, hacia un *final total definitivo*, estadio éste en el que por fin entraríamos gracias al control, teórico y práctico, de la totalidad de la vida social del presente (en adelante) hecho posible por la nueva ciencia social particular positiva resultante de la evolución misma de las ciencias particulares positivas. Y dicha nueva ciencia social (particular y positiva) podría comenzar en efecto a llevar adelante su proyecto de reconducción definitiva de la totalidad de la vida social del presente en adelante en el punto y hora en el justamente hubiera sido capaz, a su vez, de ofrecer

una explicación asimismo definitiva del pasado histórico que había conducido hacia ella –y por tanto a las nuevas y definitivas posibilidades por ella abierta–.¹ Repárese, pues, en la singular circularidad, o tautológica petición de principio, que el positivismo siempre asume entre un pasado que se cree explicable de un modo *definitivo* y un término final resultante de dicho pasado que se concibe asimismo de modo no menos *definitivo*: si podemos suponer, en efecto, un pasado susceptible de explicarse, en algún momento de la historia, de un modo definitivo, o sea *en su totalidad y en su integridad*² (*totum et totaliter*), es en la medida misma en que tenemos la vista puesta en ese mismo momento de la historia como un final resultante de la misma no menos definitivo o absoluto, o sea como *culminación perfecta o acabada* de la totalidad e integridad del pasado que conduce hacia él; y ello tanto como la recíproca, es decir, si podemos pensar en un final definitivo o absoluto de la historia es porque estamos pensando a todos y cada uno de sus posibles y diversos cursos, vicisitudes y crisis como conduciendo en su integridad y totalidad a dicho final supuestamente definitivo.

Y es dicha circularidad en la que se sustancia el núcleo mismo de toda la filosofía positivista y por tanto aquel monismo y armonismo según el cual, llegado cierto momento de su evolución, la totalidad socio-cultural e histórica de la vida humana puede ser reconducida, reabsorbida y confinada en el recinto de una ciencia particular positiva resultante de dicha evolución.

Las ideas de «progreso» y de «historia» que se contienen en dicha circularidad y en dicho monismo armonista son bien características y significativas. Pues la historia misma, en efecto, no obstante su (aparente) complejidad, esto es, no obstante la (aparente) pluralidad y diversidad de sus partes o momentos y de sus posibles crisis, no deja en todo caso de ser vista a la postre como un proceso *monótono* cuyas partes o momentos conducen indefectiblemente en su totalidad e integridad a un final entendido como una totalidad definitiva. Lo cual quiere decir, repárese, que *la última vez* en la que es todavía preciso volver la mirada a la historia –o sea hacer historiografía– es justo ese momento suyo en el que se está al parecer en el umbral mismo de su definitiva reconducción y reabsorción en su definitivo final, o sea ese momento histórico supuestamente culminante en el que nuestra mirada a la historia, por ser capaz de abarcarla en su totalidad y en su integridad, *nos dispensa de tener que volver a contemplarla* –a

1. Así lo expresaba, en efecto, Comte, en el famoso lema expuesto al final del capítulo primero de la segunda parte de su *Discurso sobre el espíritu positivo*: «Hoy se puede asegurar –nos decía– que la doctrina que haya explicado suficientemente el pasado en su conjunto obtendrá inevitablemente, mediante esta sola prueba, la presidencia mental del porvenir» (Comte, 2002, p. 151).
2. Pues así es, en efecto, como hemos de entender la expresión «suficientemente ... en su conjunto» en el texto anteriormente citado de Comte: como una explicación del pasado *en su totalidad* («en su conjunto») y *en su integridad* («suficientemente»), y por tanto ya sin residuo alguno significativo.

hacer historiografía— *ninguna otra vez en lo sucesivo*. El positivismo obra, pues, a fin de cuentas, con una idea *absoluta* de historia —y en esta medida, por cierto, enteramente *metafísica*, precisamente en el mismo sentido en el que el propio Comte supo desvelar y criticar a la metafísica, o sea como pensamiento absolutizador—, puesto que la historia es vista como ese proceso que llega del todo e íntegramente a reabsorberse, y por ello a quedar suspendido o anegado, o sea definitivamente *superado*, en su propio final.³

Y es esta idea absoluta de historia la que resulta solidaria de una idea de progreso no menos absoluta, o sea *absolutamente indeterminada*. Pues si la historia conduce en su totalidad y en su integridad a ese supuesto final total y definitivo, entonces *cualquiera* de sus *partes* o *momentos*, y tomados precisamente *en su máxima indeterminación*, quedarán automáticamente sancionados y legitimados como momentos o partes *progresivos*, o sea conducentes a dicho final. La idea (absoluta) de progreso no consiste, en efecto, y en definitiva, más que en la más vacía (por tautológica) (in)determinación del carácter (indistintamente) progresivo de la totalidad e integridad de la historia hacia su culminación definitiva y total. Mas por ello mismo dicha idea actuará siempre como una forma de *legitimación ciega*, por *indistinta*, de *cualquier estado posible del presente* en general, y más en particular de *cualquier posible cambio del presente*, puesto que, por definición (tautológica), todo posible estado histórico y todo cambio histórico posible de dicho estado obrarán siempre hacia mejor y hacia lo mejor, o sea hacia la culminación definitiva de la historia. El progreso, se diría, siempre progresa adecuadamente.

3. EL SENTIDO DE UNA IDEA HERMENÉUTICO-CRÍTICA DE HISTORIA

Sólo es posible sortear y criticar las ideas positivistas de historia y de progreso cuando advertimos que, en general, si hay historia, y por tanto saber histórico, es en la medida en que todo presente histórico posible se nos muestra como una *totalidad* genuinamente *compleja* en cuanto que irreductiblemente *plural y heterogénea*, esto es, como una totalidad *entretrejida* de diversas partes o momentos que, si bien en ciertos respectos se *confirman* mutuamente, en otros respectos se *contradicen o desajustan* inevitablemente. Sólo a partir de la *conjugación entre dichos ajustes y desajustes* puede tener lugar esa *dinámica de transformación* del tejido social y cultural del presente en la que consiste la historia y que lleva a la necesidad de algún saber historiográfico. Pues

3. Así lo veía también, por ejemplo, Ortega cuando nos decía: «Hegel y Comte ordenan el proceso evolutivo del pasado humano en vista de un término absoluto que es su propia filosofía como filosofía definitiva. Pero esto es congelar la historia, detenerla como Josué parece que hizo con el sol» (Ortega y Gasset, 1944, pp. 204-205).

cualquiera que sea, en efecto, la escala desde la que consideremos a dichas partes o momentos, ni el tejido interno de cada una de ellas, ni el entretejido formado por todas ellas, se nos mostrarán como homogéneos (o «regulares»), esto es, como compuestos de una sola pieza, o bien, si de varias piezas, en todo caso armónicas, sino más bien como irreductiblemente plurales y heterogéneos y por ello al menos en ciertos aspectos como polémicos o conflictivos (de textura, digamos, siempre «irregular»). Y ésta es la razón por la que, ya desde dentro de cada una de dichas partes se hace preciso un *regreso* cognoscitivo historiográfico a sus fuentes pretéritas de conformación presente capaz de abarcar, con una mirada más global y comprensiva, la irregularidad o conflictividad mismas de dicho presente, y por ello de aportar, en su momento *progresivo*, indicaciones sobre la polémica del presente de dichas partes que de otro modo no se hubieran obtenido. Mas, a su vez, cada uno de estos regresos en principio particulares acabarán inevitablemente encontrándose, y *entrecruzándose mutuamente*, y no de cualquier modo, sino de un modo de nuevo polémico, y por ello mutuamente crítico o selectivo, razón por la cual en cada uno de sus cursos progresivos de nuevo particulares el saber historiográfico inevitablemente acarreará, importados y criticados, contenidos o materiales provenientes de otros regresos particulares diferentes. De aquí, en efecto, que el saber historiográfico sólo pueda desplegarse y desenvolverse como una inexcusable *meta-totalización regresivo-progresiva incesante de segundo grado*, es decir, como un saber cuyo despliegue regresivo-progresivo metatotalizador sólo pueda cursar, no ya sobrevolando, sino entremedias y en función de la máxima pluralidad y diversidad posible de saberes particulares positivos o de primer grado.

Tres son los corolarios de la idea de historia que acabamos de esbozar que a los efectos de lo que aquí queremos discutir nos importa destacar. En primer lugar, la cuestión es que el saber historiográfico, lejos de permanecer inerte en el presunto ámbito de una mera erudición, resulta especialmente incisivo o *eficaz*, y precisamente respecto de los problemas (tanto teóricos como prácticos) del presente planteados dentro de cada uno de los saberes particulares en primer grado a partir de los cuales se desenvuelve, aun cuando dicha practicidad se nos muestre, desde luego, a otra escala distinta de la más inmediata en la que todavía puede moverse cada uno de los saberes particulares mientras éstos no han procedido aún a su regreso historiográfico. Y dicha eficacia se manifiesta, muy especialmente, cuando, en sus momentos progresivos hacia cada uno de los saberes particulares de partida, el saber historiográfico nos arroja, debido a su entrecruzamiento regresivo crítico bien con otros contenidos del mismo campo de partida o bien con contenidos de otros campos diferentes, *nuevas indicaciones* con las que otro modo nos contaríamos, y ello precisamente debido a que dicho progreso *acarrea o importa*, ya criticados, materiales o contenidos provenientes bien de otras partes del mismo campo de partida o bien de otros campos distintos, lo cual precisamente le confiere su carácter genuinamente *crítico*.

El segundo corolario tiene que ver con el carácter *recurrentemente in-cesante*, jamás definitivo, y por ello siempre *abierto*, del ciclo regresivo-progresivo metatotalizador en el que consiste el saber histórico. Pues así como es partir de la polémica generada en cada uno de los saberes particulares y entre todos ellos como pueden tener lugar los ascensos cognoscitivos regresivos, siempre plurales, del saber historiográfico, el entrecruzamiento resultante de dichos cursos regresivos plurales no podrá ser a su vez nunca armónico, y por ello definitivo, sino, de nuevo, constitutivamente polémico, es decir, constituido por una pluralidad polémicamente enfrentada de posibles entrecruzamientos regresivos; y por lo mismo habremos de contar con una pluralidad polémica de posibles reconstrucciones progresivas de cada uno de los problemas parciales del presente, una pluralidad polémica ésta que nunca puede quedar cerrada o cancelada definitivamente, sino permanecer recurrente abierta. Por ello el saber histórico se nos muestra, en realidad, no ya como una sola metatotalización, sino siempre como una pluralidad de metatotalizaciones regresivas del pasado que pugnan entre sí, y que lo hacen siempre en cada momento del presente, por abarcar progresivamente del modo más potente posible la totalidad en pugna de ese mismo presente, y que lo hacen además en una pugna o polémica interminable. Es, pues, diríamos, la interminable «batalla de la historia», que siempre se da en cada momento del presente, la que no deja en todo momento de cursar a través de una pluralidad de interpretaciones historiográficas suyas siempre en pugna asimismo interminable. De este modo, es la propia totalidad de cada presente histórico la que en cada momento se está constituyendo, no al margen, sino a través de sus propias interpretaciones (meta)totalizadoras (historiográficas) siempre en pugna. De aquí que el saber historiográfico sea cualquier cosa menos un saber meramente «contemplativo», o «especulativo», puesto que, antes bien, se trata de un saber siempre «militante», esto es, enteramente inmerso, y sin cuartel posible, en el volcán mismo de la historia en marcha que es cada momento del presente, puesto que es a través de dicho saber como se reorganizan una y otra vez las configuraciones particulares, así como su proceso mismo de totalización, de ese presente en marcha.

Y de aquí que, a su vez, y éste es el tercer corolario que queríamos destacar, el pasado se nos muestre siempre como una *f fuente inagotable* de interpretaciones posibles, así como, desde luego, como *la única fuente* de proyectos de acción posibles para el presente y el futuro. Repárese, en efecto, en que la idea positivista de historia podría sustanciarse en el siguiente lema: «el pasado es irrevocable y el futuro ineludible», lema éste cuya simplicidad (tautológica) absoluta reduce a fin de cuentas a cero las posibilidades de acción genuinas en cada momento del presente al sumirnos en un fatalismo demoledor. Frente a esto, la idea hermeneútica-crítica de historia que aquí estamos esbozando verá siempre en el pasado no sólo, como decíamos, la única fuente (¿cuál otra podría haber?), sino además la fuente potencialmente inagotable de posibles interpretaciones suyas

capaces de orientar de un modo genuinamente activo, esto es, electivo y responsable, nuestra acción en el presente y ante el porvenir. El pasado, en efecto, no es en modo alguno irrevocable, ni siquiera en cuanto a su facticidad, puesto que en la medida en que sus «hechos» sigan indefectiblemente gravitando sobre los acontecimientos del presente —debido a que sea preciso regresar a ellos para comprender dicho presente—, dichos «hechos» *no* se nos mostrarán nunca como *definitivamente hechos*, o sea como perfectos o acabados, sino como algo siempre *in-fecto*, o sea como fuentes inagotables de interpretación activa, esto es, como susceptibles de ser reinterpretados o descifrados una y otra vez desde el presente sobre el que gravitan, a partir de las cuales interpretaciones podremos disponer siempre de un efectivo margen de acción presente con genuina libertad, es decir, con capacidad de elección responsable. Por eso, porque el pasado no es irrevocable, el futuro no es ineludible. Y por ello el presente posee siempre esa carga de incitante gravedad, intelectual y moral, de algún modo abrumadora: pues en cada momento del presente (histórico, pero también biográfico) nos jugamos una y otra vez *la totalidad e integridad infectas* del sentido de nuestra vida y de nuestra acción —y sobre todo, dicho sea de paso, cuando no podemos dejar de saber que, como dijera Dilthey, actuamos siempre «con los días contados», y cuando sabemos que esa cuenta puede siempre sobrevenir y terminar en cada momento del presente—.

4. LA RELACIÓN ENTRE LA HISTORIA DE LAS «CIENCIAS» HUMANAS Y LAS HUMANIDADES

Pues bien: la idea de historia que acabamos de esbozar en unos términos muy generales, prácticamente indeterminados, adquiere en el ámbito de las llamadas ciencias humanas unas determinaciones y modulaciones muy vivas y acusadas. Estas determinaciones se nos comienzan a manifestar cuando consideramos las siguientes dos notas esenciales que caracterizan el formato cognoscitivo y la dimensión práctica de dichos saberes.

En primer lugar, es preciso comenzar por atenerse a la *radical pluralidad* de dichos saberes —la sociología, la psicología, la antropología cultural, la economía, la lingüística, etc.— como un *factum irreductible*, y por tanto no susceptible de ser desdibujado ni encubierto por ningún ideal de ciencia humana o social supuestamente única. Esto supone entonces reconocer la presencia de múltiples y diversas *franjas de inconmensurabilidad* entre los contenidos de los campos diversos de dichos saberes en cada momento del presente.

A su vez, y por otro lado, es preciso asimismo reconocer el carácter «*in-fecto*» del formato cognoscitivo (lógico-constructivo) de estos saberes —y ello muy especialmente cuando se los compara con el de las ciencias físicas o estrictas—.

Pues suponemos, en efecto, que las ciencias físicas o estrictas poseen un formato lógico-constructivo en cierto modo «perfecto», esto es, que cada una de ellas construye, dentro de su campo respectivo, efectivas demostraciones universales y necesarias (si bien reducidas a su campo categorial), esto es, teoremas y racimos de teoremas a su vez organizados demostrativamente en teorías, y que por ello alcanza unos conocimientos formalmente teóricos y objetivos. Por lo demás, el carácter «perfecto» de las construcciones de estas ciencias lo ciframos sólo en su forma lógica (o sintáctica) de construcción, no ya en su campo semántico; semánticamente, sin duda, estas ciencias no están clausuradas, sino que permanecen indefinidamente abiertas a la incorporación de nuevos posibles materiales o contenidos, pero de modo que dicha incorporación tiene lugar siempre mediante sus formas constructivas características, lógicamente demostrativas, ya en curso.

No es este el caso ciertamente de las llamadas ciencias humanas. Pues ahora se trata, en efecto, de construcciones cognoscitivas que se abren paso, cada una de ellas, roturando alguna región determinada de conflictos o desajustes sociales, o culturales, cuya resolución de dichos conflictos o desajustes, que es en lo que básicamente consisten, posee más bien un carácter lógico-constructivamente «*in-fecto*», esto es, siempre *de-pendiente* de alguna ulterior resolución de los nuevos desajustes arrojados en el propio curso de sus resoluciones previas, y por ello siempre *inmediatamente práctico*, en cuanto que dicha dependencia lo es a su vez de las nuevas demandas prácticas que siempre arrojan y de las que incesantemente se realimentan. Se trata ahora, pues, de saberes no sólo semánticamente abiertos, como ya ocurría con las ciencias estrictas, sino también sintácticamente abiertos o *de-pendientes*, y dependientes de un modo continuo de nuevas demandas prácticas, y por ello en todo momento atravesados de practicidad.

Por lo demás, esta condición sintácticamente abierta y continuamente práctica de dichos saberes no quiere decir, desde luego, que su campos no puedan llegar a alcanzar cierta sistematicidad interna, que en ocasiones puede sin duda llegar a ser muy compleja y trabada (como ocurre, por ejemplo, y de un modo muy característico, con la lingüística estructural moderna); lo que sí quiere decir es que dicha sistematicidad, esto es, las relaciones mediante las que se traban sus términos, estará siempre atravesada de practicidad, o sea que dichas relaciones de sistematicidad estarán siempre expuestas o dependientes, precisamente para su prosecución, de nuevas demandas prácticas que satisfacer.

Ni tampoco esta satisfacción de demandas prácticas quiere decir, desde luego, que dichos saberes no contengan efectivos contenidos cognoscitivos, puesto que toda resolución de una demanda práctica implica siempre algún contenido cognoscitivo a través del que dicha resolución pueda tener lugar; en caso contrario, estaríamos incurriendo en lo que bien podríamos llamar la «paradoja del pragmatismo radical» (o del

pragmatismo ciego, o abstracto-indeterminado), que se reduce al absurdo a sí misma, puesto que, en efecto, de suponerse que alguna demanda práctica puede ser identificada y resuelta al margen de todo conocimiento, entonces ni siquiera podríamos comenzar por detectar ni identificar, ni tampoco resolver, demanda práctica alguna.

Pues bien: si consideramos ahora conjuntamente estas dos condiciones de las llamadas ciencias humanas, a saber, su radical pluralidad irreductible y el carácter cognoscitivamente abierto y continuamente práctico de cada una de ellas, podemos comenzar a comprender, para empezar, esa característica demanda de *interdisciplinariedad* que no deja de estar nunca de hecho presente en cada uno de estos saberes, pero también, y por ello, el ulterior e inevitable despliegue de una forma de *trans-disciplinariedad* entre ellas que nos pone ya en presencia del formato cognoscitivo *historiográfico* que adopta en efecto la historia de todos y cada uno de dichos saberes.

Dicha demanda de interdisciplinariedad supone, en efecto, por un lado, que los contenidos o lugares de cada uno de los campos de estos saberes pueden siempre remitir, debido a su carácter cognoscitivamente abierto, a contenidos o lugares de los campos de otros saberes de la misma familia como condición para arrojar alguna mayor luz explicativa o resolutoria sobre los propios contenidos del campo de partida, mas de tal suerte que, a su vez, y por otro lado, dada la inconmensurabilidad (siquiera relativa) entre los contenidos de los campos de dichos saberes, dicha luz explicativa añadida e importada desde otros campos tampoco podrá ser nunca definitiva. De este modo, es dicha interdisciplinariedad mutua, que continuamente está practicándose entre los campos respectivos de estos saberes, la que conduce a éstos al despliegue de una inevitable y nueva forma de transdisciplinariedad cuyo formato cognoscitivo no puede dejar ya de cursar sino como historia —y precisamente como historia de cada uno a la vez de que todos estos saberes—.

Podremos ver ahora en efecto despegarse, en el contexto determinado de estos saberes, aquel ciclo regresivo-progresivo metatotalizador que hemos visto que caracteriza en general a la historia y al saber historiográfico. Pues desde dentro del campo de cada uno de estos saberes, y debido al carácter siempre infecto de sus resoluciones explicativas (carácter éste que ya incluye a sus posibles aportaciones interdisciplinarias mutuas), se abrirán paso una diversidad de regresos historiográficos dirigidos en principio a las fuentes pretéritas de conformación del presente (infecto) de cada uno de dichos campos que, en todo caso e inevitablemente, acabarán encontrándose y entrecruzándose mutuamente (al menos en ciertos aspectos) de un modo crítico, de forma que de resultas de dicho entrecruzamiento regresivo crítico se hará posible acarrear o importar, en sus cursos progresivos, al campo de cada uno de estos saberes, nuevas indicaciones que arrojen alguna nueva luz resolutoria o explicativa sobre el presente de dichos campos que al margen de dicha vía historiográfica no hubiera sido posible. Y todo ello sin perjuicio, a su vez, de que tampoco dichas nuevas indicaciones puedan

considerarse nunca como definitivas, dado el carácter (al menos en ciertos aspectos) mutuamente inconmensurable de dichos campos y de sus entrecruzamientos críticos posibles.

Quiere esto decir, pues, que la historia de cada uno de estos saberes implica de algún modo la historia de todos los demás, o sea que se trata siempre de historias mutuamente coimplicadas.

Por lo demás, y dado el carácter continuamente práctico del formato cognoscitivo de cada uno de estos saberes, esta historia coimplicada de cada uno y de todos ellos no puede dejar de seguir siendo un saber genuinamente práctico, y precisamente respecto de la demanda de resolución de los problemas prácticos locales y cotidianos del presente del campo de cada uno de estos saberes, aun cuando dicha practicidad se nos dibuje ciertamente a una escala o nivel que resulte incomprensible para quienes puedan estar presos de un pragmatismo estrecho (por ahistórico), precisamente a este nivel de profundidad y amplitud históricas desde el cual es posible alcanzar alguna comprensión ya global y reflexiva en cuanto que metatotalizadora, y por ello mismo crítica, sobre los problemas mismos locales y cotidianos del presente de cada campo que precisamente no podría haber sido alcanzada si no es por la vía histórica.

Y la cuestión es que justo en el momento en que estas «ciencias» se desenvuelven como saberes historiográficos es cuando comienzan a formar parte de la familia de los saberes humanísticos, pues suponemos en efecto que las Humanidades no son sino los saberes *estructuralmente históricos* que comienzan a tener lugar precisamente cuando el proceso histórico real que las hace posible, y con ello la conciencia histórica (historiográfica) de dicho proceso, se torna ya irreversiblemente *universal*. En este sentido, no es desde luego casual que la figura prototípica de las «Humanidades» y la del humanista comiencen a dibujarse precisamente a partir de la época «renacentista» del desarrollo histórico de la civilización occidental, o sea justo allí donde comienza a germinar una autoconcepción histórica universal de la propia civilización que ha ido históricamente resultando de la confluencia (ante todo conflictiva, y por ello crítica o selectiva) de la práctica totalidad de las culturas y civilizaciones pasadas y coetáneas. Se comprende entonces, por cierto, que los saberes humanísticos –tal y como por ejemplo vienen administrativamente reconocidos y sancionados como «campo de conocimiento» en nuestras universidades– sean precisamente los que son, y no otros, a saber: ante todo *la historia*, y en cuanto que historia *universal*; pero también *las filologías*, y muy especialmente las «*clásicas*», en cuanto que nos ponen en presencia de las fuentes documentales literarias de los gérmenes históricos de la civilización que llegará a alcanzar precisamente su autoconciencia universal en dichos saberes humanísticos, y desde luego *la filosofía*, cuya estructura cognoscitiva, asimismo metatotalizadora progresivo-regresiva y crítica, viene a la postre a confluir y en el límite a coincidir con la de la historia universal misma como saber –aun cuando acaso la conciencia de esta coincidencia, con todo lo

que ello significa, sólo haya llegado a comenzar a cristalizar cabalmente a la «altura de nuestro tiempo», y muy especialmente en la obra genial de W. Dilthey—. ⁴

De este modo, como decíamos, en el momento en el que las «ciencias» humanas comienzan a practicar sus regresos historiográficos (mutuamente coimplicados) ingresan en la familia de los saberes humanísticos, aun cuando desde luego en modo alguno los agoten. Y no los agotan, ciertamente, porque la incesante labor regresivo-progresiva metatotalizadora de las humanidades se ha de interesar y ocupar sin duda no ya sólo de los saberes temáticamente humanos (los saberes que versan sobre el hombre), sino también, y más en general, de los saberes etiológica o genéticamente humanos (o sea los saberes en cuanto que hechos por hombres), y en este sentido se interesarán también, desde luego, por los saberes temáticamente físico-naturales –incluidas naturalmente, llegado su momento, las ciencias y las tecnologías físico-naturales– en cuanto que obras humanas que importan e interesan a la totalidad de la vida social y cultural humana. Pero, en todo caso, debido al carácter tanto temática como etiológicamente humano de las llamadas ciencias humanas, sus momentos historiográficos no pueden dejar de formar parte, como decíamos, y de un modo especialmente vivo y acusado, de la familia de los saberes humanísticos.

Se comprende entonces que dentro de los campos institucionales de cada una de estas presuntas ciencias humanas no haya podido en todo momento dejar de plantearse una característica *tensión polémica esencial de autoconcepción*, a saber, la tensión entre aquellas concepciones, de factura positivista, que tienden a percibir a cada uno de estos saberes como replegados y confinados sobre su campo particular del presente, y por tanto desprendiéndose de su propia historia, y aquella otra concepción, de factura hermeneútica-crítica, que por el contrario tiende abiertamente a reconocer y a propiciar el despliegue de la dimensión inexorablemente historiográfica de dichos saberes. Significativamente, la concepción positivista, en cuanto que tiende a confinar y replegar el campo de estos saberes sobre los (supuestos) límites del presente, tenderá asimismo e inevitablemente a concebir la reducción mutua de todos ellos a alguno

4. Estamos asumiendo aquí, en efecto, y en la estela de Dilthey, la confluencia y en el límite la coincidencia entre el formato cognoscitivo de la historia universal como saber y la propia filosofía, lo que implica tanto el reconocimiento del alcance ontológico de la propia historia como el carácter constitutivamente histórico de la misma realidad. No dejamos en todo caso de advertir que la diferencia entre la historia universal como saber fáctico (la historia que de hecho pueden hacer los historiadores) y la filosofía puede residir en el hecho de que si bien la primera no puede dejar de *ejercitar* siquiera, aun cuando no lo advierta, la totalización universal (incesantemente recurrente), puede que lo haga en todo caso de un modo disperso o no consistente, o sea sin *la voluntad autoconsciente de ejercer y representar* dicha totalidad de un modo *sostenidamente sistemático*, como sería el caso de la filosofía (al menos de la filosofía sabedora de su genuino formato y viabilidad).

privilegiado o matriz, para de este modo consumir el confinamiento presentista y progresista de todos ellos y la consiguiente segregación, siquiera eventual, de su historia. Sin embargo, la concepción hermenéutico-crítica tenderá siempre por el contrario a reconocer de algún modo la doble condición conjugada entre el carácter abierto y la inconmensurabilidad mutua de dichos saberes, que es la doble condición sobre la que justamente pivota su despliegue historiográfico.

5. LA ASIMETRÍA ENTRE LA PSICOLOGÍA, Y SU HISTORIA, Y LAS «CIENCIAS» HUMANAS OBJETIVAS Y SU HISTORIA

Ahora bien: hasta el momento hemos estado hablando de los saberes o «ciencias» sociales y culturales, y de sus dimensiones historiográficas, de un modo indistintamente global, eso es, sin entrar a considerar una diferencia esencial que sin embargo se da, dentro del grupo de estos saberes, precisamente entre la psicología, y su historia, por un lado, y aquellos otros saberes que versan sobre configuraciones socio-culturales «objetivas» y su historia por otro, y todo lo que esta esencial diferencia conlleva. Pues la cuestión es, en efecto, que hay una singular *asimetría*, que importa detectar y analizar, entre la manera como la actividad subjetivo-individual, y con ella la psicología y su historia, se conjuga con las configuraciones socio-culturales objetivas, y con los saberes que sobre estas configuraciones versan y con la historia de dichos saberes, y la manera como estas configuraciones objetivas, con sus saberes respectivos y la historia de los mismos, pueden por su parte tener en cuenta a la actividad subjetivo-individual y en su caso a la propia psicología.

Para empezar, es de primera importancia reconocer que actividad subjetivo-individual humana no puede en modo alguno considerarse desprendida o exenta, sino constitutivamente envuelta e inserta en las diversas configuraciones objetivas socio-culturales entre las que inexorablemente discurre cada biografía individual. Considerada (por hipótesis) al margen de dichas configuraciones, dicha actividad se desvanecería en un (hipotético) limbo ecológico o etológico que precisamente resulta imposible en cuanto que se reduce al absurdo a sí mismo. De este modo, la propia psicología (humana) no puede sino obrar siempre dentro y contando formalmente con aquellas configuraciones histórica y socialmente concretas entre las que en cada caso discurre cada biografía individual considerada. Por lo demás, si, aun siendo esto así, todavía suponemos que es posible un saber psicológico que verse sobre las subjetividades individuales, y precisamente *en su formalidad subjetivo-individual* (y esta media *formalmente psicológica*), ello es así en la medida en que dicha formalidad *prende* sobre los *cuerpos vivientes existencialmente individuales*, es decir, en la medida en que toda biografía lo es siempre de un cuerpo viviente (humano) existencialmente individual. A su vez, ello

no quiere decir que dicha formalidad subjetivo-individual quede reducida y disuelta en sus ingredientes o componentes somáticos morfo(neuro)fisiológicos, puesto, que antes bien, entendemos que son dichos componentes los que quedan funcionalmente subordinados y dependientes de la actividad formalmente subjetivo-individual que discurre biográficamente entre medias de las formalidades socio-culturales objetivas. Repárese en que estamos poniendo límite a las dos reducciones/disoluciones de la psicología entre las cuales ésta quedó canónicamente sepultada por el positivismo clásico comteano (aunque no sólo; también por ejemplo, en el seno de la escuela neokantiana de Baden, por autores como Windelband y acaso sobre todo por Rikert⁵), a saber: la reducción fisiologista y la sociologista. Pues estamos en efecto sosteniendo que la actividad formalmente subjetivo-individual se mantiene, y que se mantiene tanto frente a las pretensiones de su disolución por reabsorción en las configuraciones socio-culturales objetivas en cuanto que formaciones supraindividuales, y ello precisamente gracias a la presencia inexorable de los cuerpos vivientes existencialmente individuales, como que se mantiene frente a las pretensiones de disolución por reducción fisiologista en la fisiología de dichos cuerpos, y ello precisamente en la medida en que somos deudores de una concepción, de estirpe aristotélica, de la unidad funcional psicofísica de los cuerpos vivientes conductuales en general según la cual el funcionamiento fisiológico, lejos de reducirse a la actividad conductual, y en el caso humano a la actividad espiritual (o sea socio-culturalmente configurada), queda por el contrario funcionalmente subordinado y dependiente de dicha actividad, conductual o espiritual, fisiológicamente irreductible.⁶ Por lo demás, y puesto que es preciso reconocer, al menos dadas ya las sociedades histórico-políticas, el carácter inalienablemente *personal*, esto es, moralmente responsable y por ello imputable, de la actividad humana subjetivo-individual, toda psicología humana no dejará de ser nunca, de uno u otro modo, *psicología de la personalidad*.

Por su parte, sin embargo, las configuraciones socioculturales antropológicas –jurídicas, económicas, lingüísticas, etc.–, que sin duda deben considerarse antropológicamente *objetivas* en cuanto que su estructura es ya *supraindividual* o *suprasubje-*

5. Son muy significativas en efecto las convergencias, y acaso las coincidencias, en muchos aspectos, entre el objetivismo neokantiano de las estructuras objetivo-ideales (sean de contenido cultural o físico-natural) y el objetivismo positivista (social o natural), así por ejemplo en lo que respecta precisamente a la disolución de la psicología en cuanto que sepultada entre ambos tipos de objetivismo. Un caso representativo, nos parece, de este tipo de convergencia puede encontrarse en el tratamiento de las ciencias humanas llevado a cabo por la gnoseología de Gustavo Bueno. Al respecto puede verse Fuentes (2001) y Fuentes y García Pérez (2007).
6. Para un análisis mucho más detenido y desarrollado de esta concepción de estirpe aristotélica de la unidad psicofísica de los organismos vivientes conductuales puede consultarse Fuentes (2003a y 2003b).

tiva –o acaso mejor *metasubjetiva*–, mantienen con la subjetividades individuales una relación muy especial, que en todo caso resulta *asimétrica* con la relación que hemos visto que estas subjetividades mantienen con aquellas configuraciones objetivas. Pues dichas configuraciones se configuran, y conocen, en efecto, de manera que puede decirse que su estructura objetiva puede *disociarse de cada una de las subjetividades individuales en particular en su formalidad subjetivo individual, pero no ya desprenderse o separarse todas ellas en general*, puesto que es preciso que se mantenga, intercalada dentro de dichas estructuras, si no ya cada subjetividad individual en su formalidad subjetivo-individual, sí al menos *una subjetividad individual genérica y material*, sin la cual la forma o estructura misma de dichas configuraciones objetivas se desvanecería o desplomaría. Así, por ejemplo, la «lengua» saussuriana es una característica estructura o configuración objetiva antropológica que puede sin duda disociarse de cada una de las subjetividades individuales en su formalidad individual –de cada una de las «conductas verbales» o lingüísticas–, pero que no puede desprenderse, para su propia constitución y prosecución, del «habla», esto es, de una materia genérica subjetivo-individual sin la cual como decíamos se desplomaría su propia estructura formal. Y dicha materia genérica subjetivo-individual debe mantenerse, intercalada entre medias de la estructura formal objetiva, precisamente por lo que respecta a su condición más característicamente subjetivo-individual, o sea su condición de ser una *relación «funcional» o «final» (o «teleológica»)*, o sea una relación *«intencional de medio a fin»*. En ausencia, en efecto, por ejemplo, de dicha relación funcional o intencional de medio a fin, como materia genérica de una «lengua», todas las flexiones nominales y verbales de dicha lengua se desplomarían, una detrás de otra, empezando por los pronombres personales y arrastrando con ellos a todas sus relaciones gramaticales o morfosintácticas. De aquí, en efecto, que, como antes decíamos, los saberes socio-culturales sean siempre constructivamente abiertos y continuamente prácticos, puesto que dicha apertura y continua practicidad radica en la presencia ineliminable de la materia genérica subjetivo-funcional que llevan siempre dentro de su propio tejido.

Así pues, la asimetría es ésta: es verdad que toda forma socio-cultural objetiva es funcional, y que toda función subjetivo-individual es formal; pero no del mismo modo. Las funciones subjetivo-individuales humanas, en su propia formalidad subjetivo-individual, requieren, para su propia constitución y prosecución, de las formas objetivas socio-culturales, pero éstas no requieren, para su constitución y prosecución, sino sólo de una materia genérica subjetivo-funcional, que por tanto ya no es propia o formalmente psicológica.

Quiere ello decir que mientras que la psicología (humana) sólo puede trabajar entre medias de las formas socio-culturales objetivas antropológicas, las «ciencias» de estas configuraciones, si bien necesitan contar siempre con una materia genérica subjetivo-funcional, no necesitan sin embargo y en todo caso formalmente de la psicología.

En consecuencia, también los despliegues historiográficos de ambos tipos de saberes acusarán inevitablemente esta asimetría. La historia de la psicología se encontrará una y otra vez con la necesidad de contar regresivamente con las determinaciones socio-culturales de las subjetividades individuales del pasado estudiado, razón por la cual en su progreso deberá importar una y otra vez contenidos tomados del regreso historiográfico de las ciencias humanas objetivas. Esto quiere decir que la historia de la psicología deberá desenvolverse como una historia social y cultural de la psicología (tanto por su costado etiológico como temático), pero que es muy problemático que pueda hacerlo como una psicología de la historia –como psicohistoria, o como historia psicológica–.⁷ Sin embargo, la historia de las ciencias humanas objetivas, por su parte, no necesitarán contar en sus regresos historiográficos entretejidos, y por tanto en sus momentos progresivos, al menos formalmente, con ningún contenido psicológico.⁸

6. LA IDEA DE FLEXIBILIDAD PROFESIONAL: LA FLEXIBILIDAD DIALECTICO-CRÍTICA, O REAL, Y LA FLEXIBILIDAD PSICOLOGISTA, O UTÓPICA

Pues bien: las consideraciones anteriores resultan ser muy relevantes a la hora precisamente de realizar una crítica adecuada de la idea de flexibilidad profesional, que es el motivo último y principal de este trabajo.

Pues la cuestión es, en efecto, que ambos tipos de disciplinas historiográficas (las que provienen de cada uno de los saberes sociales objetivos y la que proviene de la psicología) harán posible, cada una a su modo, un tipo de expertos dotados de una forma de *genuina flexibilidad intelectual*: la que proviene ciertamente de su condición

7. No descartamos en todo caso ciertas posibles situaciones especiales, como pudiera ser, por ejemplo, aquella en la que el regreso historiográfico practicado desde la «psicología social» pueda acabar desenvolviéndose como una historia psicológica de las «mentalidades colectivas», y en este sentido como una psicohistoria. Y acaso sea éste a su vez el contexto en el que pudiera tener algún sentido el caso de las «personalidades singulares» de alcance histórico, esto es, el caso de aquellas personalidades cuya sintonía y posición respecto de determinadas mentalidades colectivas puedan llegar a comportar alguna influencia significativa o diferencial en el curso histórico. Pero nos es imposible en los límites de este trabajo entrar en el análisis de estas situaciones. Nos limitamos meramente a indicar que la subjetividad individual que se requiere intercalada entre medias de las configuraciones objetivas de la psicología social, o de las mentalidades colectivas, ya no sería meramente una subjetividad genérico-material, sino las propias subjetividades individuales en su formalidad subjetivo-individual (psicológica).
8. Salvo acaso el caso que acabo de mencionar de las mentalidades colectivas.

de ser unos saberes (al menos hasta cierto punto⁹) *totalizadores de segundo grado*, es decir, unos saberes cuya tarea metatotalizadora se despliega, no ya sobrevolando o por fuera, sino siempre *entremedias y en función* de otros saberes particulares positivos o de primer grado –no sólo del campo propio de partida, sino también del resto de los campos de los saberes de la misma familia «humanística»–. Se trata por tanto de unos saberes cuya condición «generalista» –o mejor, genérica– es siempre *posterior, y no anterior*, a los saberes de primer grado entre los que se forma, y por ello se trata de saberes genuinamente *dialéctico-críticos*, o sea del tipo de saberes que en rigor comportan *la única flexibilidad intelectual cognoscitivamente posible y efectiva*. Así pues, aquellos estudiantes universitarios que, cada uno a partir del campo de su especialidad, hayan recibido alguna formación historiográfica, habrán sido por ello adiestrados, y en proporción a la amplitud e intensidad de dicha formación, en el ejercicio del único tipo de flexibilidad intelectual que como decimos es cognoscitivamente viable y efectivo.

Pero también es preciso considerar esta otra posibilidad, contrarrecíproca de la anterior, y cuyo campo de opción resulta ser, por antonomasia y precisamente, el de la propia psicología. Se trata de aquel error fatal de autoconcepción de la psicología que consiste en asumir que la actividad subjetivo-individual, y en su propia formalidad subjetivo-individual, puede darse al margen o por fuera de las formaciones objetivas socio-culturales e históricas concretas. Se trata ciertamente de un tipo de formalismo (o de hipóstasis formalista), que en este caso consiste en el *formalismo psicológico* que piensa la actividad subjetivo-individual haciendo *indeterminadamente abstracción* de sus inexcusables condiciones socio-culturales concretas de formación, como si dicha actividad pudiese sobrevolar a toda posible determinación suya socio-cultural concreta, o sea como si *las pudiese trascender a todas ellas de un modo genérico-anterior*. Dicho formalismo psicológico tenderá a creer que es posible el repliegue (un repliegue, como decimos, abstracto-indeterminado) del saber psicológico sobre sí mismo, y que por tanto será posible confinar la tarea psicológica sobre cada uno de sus posibles estados del presente, pudiendo prescindir por ello también eventualmente de su propia historia.¹⁰ A semejante formalismo le pasará por fuerza desapercibido la que acaso constituya la lección más sabia que debe extraerse de la concepción de la actividad psicología como

9. Decimos, en efecto, «hasta cierto punto» en la medida en que, como hemos visto, si bien las disciplinas historiográficas provenientes de los campos de las «ciencias» humanas ingresan en el ámbito de los saberes humanísticos, no los agotan en todo caso. Sólo la historia universal y la filosofía, como disciplinas humanísticas plenas o integrales, pueden considerarse como saberes plenamente (meta)totalizadores.

10. Un repliegue éste que sin duda puede incluir la pretensión de reducción psicologista del resto de los contenidos de los saberes humanos o sociales. Se trata a la postre de la única forma de positivismo psicológico posible.

constitutivamente inmersa en sus determinaciones socio-culturales concretas, a saber, aquella lección que dice que «aquel que sólo psicología crea saber, ni siquiera de psicología sabe; y que (incluso) aquel que sólo historia de la psicología creyera saber, ni siquiera de historia de la psicología sabe».

Y la cuestión es que es este formalismo psicológico *sobre el que está precisamente montada esa idea de flexibilidad profesional* que afanosamente busca la reforma de la universidad promovida por actual convergencia europea universitaria.

Se comprende, por lo demás, que ello sea así cuando nos percatamos del proceso histórico cultural dentro del cual semejante pretensión de reforma ha podido llegar a germinar. Esbozado muy esquemáticamente,¹¹ nos parece que el hito crítico de dicho proceso tiene lugar allí donde fragua la que podemos caracterizar como la actual sociedad «económico-tecnológicamente optimizada y consumista», esto es, justamente allí donde, dada ya la eclosión del formidable edificio científico-tecnológico levantado por la sociedad industrial de nuestro tiempo, las *tecnologías* comienzan a desarrollarse no sólo como una *diversidad* cada vez más *inconexa* de *especialidades*, sino también y en todo caso de modo que cada una de dichas especialidades comienzan a funcionar, en la generación y solución de sus problemas, cada vez más *desprendidas* de todo posible control científico teórico o básico de dichas posibles soluciones, y de las posibles consecuencias de éstas sobre el medio natural y social. Y ello precisamente en la medida en que dicho desprendimiento resulta a su vez *funcional* desde el punto de vista de la *optimización económica* entre la *inversión* y aquel *incremento tendencialmente imparable de la producción* que a su vez hace posible y se realimenta de un *incremento del consumo asimismo tendencialmente imparable*. Unos incrementos éstos, en efecto, de la producción y del consumo, cuya norma no parece ser otra más que la de «producir para consumir lo más posible, lo más variado posible y lo más deprisa posible» con independencia de cualquier otra consideración posible. De este modo, la situación a la que semejante dinámica acaba conduciendo es aquélla según la cual las relaciones mismas entre la oferta y la demanda de hipotéticos bienes consumibles comienza a tornarse, no ya meramente cambiante o fluctuante, sino crecientemente aleatoria o caótica esto es, y por paradoja, *previsiblemente imprevisible*. Y son justamente *los efectos que sobre el mercado de trabajo* pueda llegar a tener dicha situación paradójica los que se intentará controlar o gobernar mediante la formación de ese nuevo tipo de profesional que se pretende que sea *lo más indefinidamente flexible o versátil posible*, esto es, un nuevo tipo de profesional diseñado para desempeñar las más diversas ocupaciones posibles, dispuesto a cambiar de una en otra lo más deprisa posible, y por tanto a ser utilizado y desechado, consecutiva y aun simultáneamente (por ejemplo bajo la forma de trabajos precarios o de media jornada) también lo más deprisa posible.

11. Un análisis más detenido y elaborado de este proceso puede encontrarse en Fuentes (2005).

Ahora bien, la cuestión es que este objetivo de alcanzar semejante flexibilidad lo más indefinida o indeterminada posible incurre en un singular espejismo –lógico y psicológico– que sume a dicho proyecto a la postre en una aporía insalvable: se diría, en efecto, que movido por la voluntad compulsiva de controlar lo que en el horizonte inmediato se presenta sin duda bajo la paradoja de lo previsiblemente imprevisible, o sea de gobernar un previsible incremento tendencialmente imparable de la variedad y diversidad aleatorias de ocupaciones en el mercado de trabajo, dicho proyecto incurre en el espejismo (lógico) de *no respetar la complejidad (lógico-material) de la estructura y de los contenidos cognoscitivos* efectivos de todas y cada una de las ocupaciones profesionales posibles, por muy diversificadas o especializadas, y desprendidas de las ciencias básicas, que ellas puedan encontrarse, *haciendo indeterminadamente abstracción de todas ellas*. Pues la cuestión es que también por lo que respecta a los saberes profesionales tecnológicos más diversos –que son aquellos sobre los que, como se ha visto, pivota la génesis de la sociedad «económico-tecnológica optimizada y consumista»– toda posible flexibilidad real sólo se logrará como una flexibilidad genérica-posterior (y por ello ya de segundo grado), nunca al margen de los saberes efectivos.¹²

Se comprende, entonces, que sea esta abstracción indeterminada de los contenidos (lógico-materiales) cognoscitivos efectivos la que precisamente viene a ser servida o instrumentalizada por el formalismo psicológico (y por tanto por el espejismo psicológico) en el que incurren por su parte esa clase de psicólogos que son los psicopedagogos que

12. No somos nosotros proclives ciertamente, como no es infrecuente en los actuales ambientes humanísticos, a despreciar en modo alguno a las tecnologías o ingenierías, sino antes bien a apreciarlas, y aun en cierto sentido por encima de las ciencias teóricas o básicas, y ello precisamente en la medida en que comportan un «*ingenio subjetivo*», creador y resolutorio, más versátil o flexible que el que es requerido por los contenidos de los campos teóricos las ciencias básicas –ese «ingenio», en efecto, del que tratara nuestro Huarte de San Juan en su *Examen de ingenios*–. Desde el momento, en efecto, en que toda ingeniería requiere la confluencia de una diversidad de contenidos teóricos provenientes de campos científicos distintos en la identificación y resolución de problemas prácticos físico-naturales, todo saber tecnológico comporta ya una cierta forma de genericidad posterior, y por tanto de segundo grado, respecto de sus campos científicos básicos (y aun un esbozo o principio de totalización, aun cuando limitado), que implica por ello una mayor flexibilidad cognoscitivo-subjetiva real, un mayor «ingenio». Y la cuestión es que esta genericidad posterior de segundo grado no puede dejar de mantenerse, aunque sea de algún modo contraída, incluso en las tareas tecnológicas actuales más puntualmente especializadas e inconexas y más desprendidas de su posible control científico básico. No es ni mucho menos casual, a este respecto, que estén siendo precisamente los profesionales de las tecnologías más potentes y complejas –los médicos, los ingenieros, los arquitectos...– los que están sabiendo ofrecer una resistencia más eficaz a la convergencia europea universitaria, y no ya por precisamente por razones de privilegio social gremialista, como de un modo tan necio parecen creer muchos promotores progresistas de dicha convergencia, sino debido a la complejidad (lógico-material) efectiva de sus propios campos tecnológicos.

han pergeñado ese invento imposible de unas supuestas «competencias, habilidades y destrezas» subjetivo-individuales cuya genericidad (subjetivo-individual) está pensada, precisamente para alcanzar aquella hipotética flexibilidad máxima en realidad imposible, no ya con posterioridad, sino con anterioridad, a los contenidos (lógico-materiales) de cualquier saber efectivo.

Movidos, en definitiva, por la premura compulsiva de gobernar un mercado de trabajo previsiblemente imprevisible, los ideólogos de la reforma, y con ellos los psicopedagogos que técnicamente la instrumentalizan, han caído en la trampa de querer ir «demasiado deprisa»; tanto, en efecto, que pretenden ni más ni menos que sortear o puentear, sobrevolándolos, los contenidos (lógico-materiales) de todos los efectivos saberes positivos, de cualquier tipo, al objeto de alcanzar una supuesta flexibilidad profesional (subjetiva) que resulta por ello mismo tan imposible que se reduce al absurdo a sí misma. A la manera del lunático que, sumido en la persecución compulsiva de su propia sombra, mientras más acelere su persecución más deprisa quedará abismado en lo inviable de su intento, así ocurrirá con aquellos que, empeñados en conseguir ese tipo utópico de profesional, mientras más deprisa quieran conseguirlo antes dejarán de hacerlo, aunque de paso, eso sí, vayan pulverizando las bases universitarias educativas de todo saber y de toda profesión efectiva.

Pero éste es a la postre el destino de todo positivismo progresista, el de acabar conduciendo inexorablemente al nihilismo más desolador mediante la legitimación pragmática ciega de todo posible estado y cambio del presente. Y en dicho camino de destrucción el formalismo psicológico tiene sin duda un lugar muy especialmente significativo. Son los psicólogos, por tanto, los que están muy especialmente llamados a reflexionar sobre esta peligrosa posibilidad real de la psicología.

Referencias bibliográficas

- COMTE, A. (2002): *Discurso sobre el espíritu positivo*. Barcelona, Folio (orig. 1844).
- FUENTES, J. B. (2001): «Notas para una crítica del enfoque ‘gnoseológico’ de las ciencias (de G. Bueno) desde una perspectiva ‘noetológica’, con especial atención a: (i) la relación entre la idea general de ciencia(s) y la idea de conocimiento, (ii) la concepción de las «ciencias humanas» y (iii) las implicaciones históricas y sociopolíticas de ambas cuestiones», *Cuaderno de Materiales. Filosofía y ciencias humanas*, 16, pp. 36-82.
- (2003a): «Intencionalidad, significado y representación en la encrucijada de las «ciencias» del conocimiento», *Estudios de Psicología*, 24 (1), pp. 39-90.
- (2003b): «Concerning the Madrid Conference: The Equivocal Character of Pavlov’s Reflexological Objectivism and its Influence on the Distorted Concept

- of the Physiology-Psychology Relationship», *Spanish Journal of Psychology*, 6 (2), pp. 121-132.
- FUENTES, J. B. (2005): «El Espacio Europeo de Educación Superior, o la siniestra necesidad del caos», *Logos*, 38, pp. 303-335.
- FUENTES, J. B. y N. S. GARCÍA PÉREZ (2007): «La raíz común de los enfoques «epistemológico» y «gnoseológico» de la pregunta por la ciencia del materialismo gnoseológico», *Logos*, 40 (en prensa).
- ORTEGA Y GASSET, J. (1944): *Dos prólogos*. Madrid, Revista de Occidente.

**La historia recontada:
alternativas al pasado oficial de la psicología**

